

— Señor, tengo hambre: iré, señor, iré. Pero no tengo fuerzas. Manda que me den lo que despreciaron tus perros, y luego marcharé.

Vinicio ordenó que le dieran alimento, una moneda de oro y un manto. Pero el griego, debilitado por el hambre y por los azotes, no podía tragar bocado. El temor de que Vinicio interpretara como desobediencia su debilidad y mandase azotarlo otra vez, le ponía los pelos de punta.

— ¡Un poco de vino caliente!, murmuró temblando; después podré ir hasta la Magna Grecia.

Al cabo de un rato recobró las fuerzas, y salieron él y Vinicio. El camino era largo, porque, como casi todos los cristianos, Lino vivía también en el Trastevere, no lejos de Miriam. Por fin Quilón indicó a Vinicio una casa pequeña, aislada, circundada por un muro revestido de hiedra, y dijo:

— ¡Hela ahí, señor!

— ¡Bien!, dijo Vinicio; vete por tu camino, pero oye lo que te digo: olvida que me has servido, olvida dónde viven Miriam, Pedro y Glauco; olvida también esta casa y a todos los cristianos. Todos los meses irás a mi casa y Demades te entregará dos monedas de oro. Pero si persistes en espiar a los cristianos, te haré azotar otra vez ó te enviaré al prefecto de la ciudad.

Quilón, haciendo una profunda reverencia, dijo:

— ¡Lo olvidaré!

Pero cuando Vinicio hubo doblado la esquina, prorrumpió, enseñándole los puños en actitud amenazadora:

— ¡Por el averno y por todas las furias! ¡No lo olvidaré!

Después cayó sin sentido.

XXXIII

Vinicio se encaminó a casa de Miriam. Ante la puerta estaba Nazario, que se asombró al verlo aparecer. Vinicio le saludó afablemente y le rogó que le introdujera en la casa. A más de Miriam, encontró a Pedro, Glauco, Crispo y Pablo de Tarso, este último recién llegado de Frigia. Al ver al joven tribuno, el estupor se dibujó en todos los rostros. Y dijo Vinicio:

— ¡Os saludo en nombre de Cristo, a quien adoráis!

— ¡Sea siempre alabado su nombre!, respondieron todos a coro.

— He visto vuestra virtud y he probado vuestra bondad; por esto vengo a vosotros como amigo.

— Y como amigo te saludamos, respondió Pedro. Siéntate, señor, y participa de nuestra mesa como huésped.

— Me sentaré y tomaré parte en vuestra mesa. Pero antes escúchame, Pedro, y tú también, Pablo de Tarso, a fin de que podáis reconocer mi sinceridad. Sé dónde se halla Licia. Fuí primero a casa de Lino. La joven me pertenece por decreto de César. En mi casa poseo cerca de quinientos esclavos, con los cuales podía haber rodeado su refugio y robarla a viva fuerza. Y sin embargo, ni lo hice, ni lo haré.

— El Señor te lo tomará en cuenta y purificará tu corazón, respondió Pedro.

— Te lo agradezco; pero óyeme aún. No obstante mi tristeza y mis tormentos, no lo hice. Antes de conocerlos, seguramente la hubiera secuestrado y con violencia la hubiera poseído. Vuestra virtud y vuestra religión, aunque yo no la siga, me han cambiado en términos que no puedo ahora concebir la idea de la violencia. Cómo haya ocurrido esto, lo ignoro; pero así es. Por esto he acudido a vosotros que hacéis con Licia las veces de padres. Dádmela por esposa y os juro que no sólo no la impediré adorar a Cristo, sino que me haré iniciar por ella misma en su religión.

Habló con la cabeza erguida y en tono resuelto, pero estaba conmovido y le temblaban las piernas. Como ninguno respondiese, para evitar una contestación desfavorable, continuó:

— Conozco los obstáculos que de ella me separan, pero yo la amo como a las niñas de mis ojos, y aunque no cristiano, estoy muy lejos de ser enemigo vuestro ó de Cristo. Yo quiero ser sincero, para que podáis tener confianza en mí. Mi vida depende quizá de este momento; pero, con todo, quiero decir la verdad. Otro os diría: ¡bautizadme!; yo os digo: ¡iluminadme! Creo que Cristo resucitó, porque lo afirman hombres amantes de la verdad, que le vieron morir. Creo, porque tuve ocasión de verlo yo mismo, que vuestra religión significa virtud, justicia y misericordia, y no delito, como se os imputa. Hasta ahora sólo superficialmente conozco vuestra fe, algo por vuestra mediación, y otro poco por gracia de vuestras obras y por medio de Licia y de los coloquios que he tenido con vosotros. Y sin embargo, os repito que se ha operado una transformación en mi espíritu. Antes tenía sujetos a mis

esclavos con mano de hierro, ahora les trato más suavemente. La piedad me era desconocida y ahora la conozco; no vivía más que para el placer; pues bien, la otra noche huí del estanque de Agripa para no morir de náuseas. ¿Creeréis que yo mismo no me reconozco? Ahora todo me disgusta: el vino, los banquetes, los cantos, las cítaras, las coronas, la corte de César, la gente desnuda y todo lo que representa vicio. Y cuando pienso que Licia es semejante á la nieve inmaculada de las altas cumbres, la amo aún más; y cuando me digo que se ha conservado así gracias á vuestra religión, también amo yo esta religión y deseo que llegue á ser la mía. Pero no la comprendo aún, no sé si podré adaptarme á sus principios, si mi naturaleza la soportará fácilmente, y así vivo en medio de todos los tormentos de la incertidumbre, como en una cárcel oscura.

Su frente se arrugó con expresión de dolor. Después, en creciente conmoción, concluyó:

— Ved en mí un mártir del amor y de la duda. Suele decirse que vuestra fe excluye todo placer terreno, la felicidad, la ley, el orden y el poder de Roma. ¿Es así? Me dicen que estáis locos: explicadme lo que está permitido en vuestro código. ¿Es pecado amar, gozar y afanarse en busca de felicidad? ¿Sois enemigos de la vida? ¿Debe ser desgraciado un cristiano? ¿Deberé renunciar á Licia?.. Vuestras palabras y vuestras acciones tienen la transparencia del agua; pero ¿qué hay en el fondo de esta agua? Ved que hablo con franqueza. ¡Destruíd las tinieblas que me envuelven! Me han dicho que Grecia fué madre de la sabiduría y de la belleza, que Roma creó la fuerza..., y vosotros ¿qué traéis? ¡Decídmelo, os lo suplico! Si tras la puerta de vuestra fe está la luz, abridla también para mí, á fin de que pueda admirar sus resplandores.

— ¡Nosotros traemos el amor!, dijo Pedro.

Y Pablo añadió:

— Aunque hablase un lenguaje de hombre ó de ángel, pero no inspirado por el amor, mi voz sonaría como una campana percutida ó como un címbalo tañido.

Pero el corazón del apóstol estaba conmovido con el espectáculo de aquella alma juvenil que, como un pájaro enjaulado, aleteaba afanosamente en busca de luz y de mayor espacio. Extendiendo los brazos hacia él, le habló de esta manera:

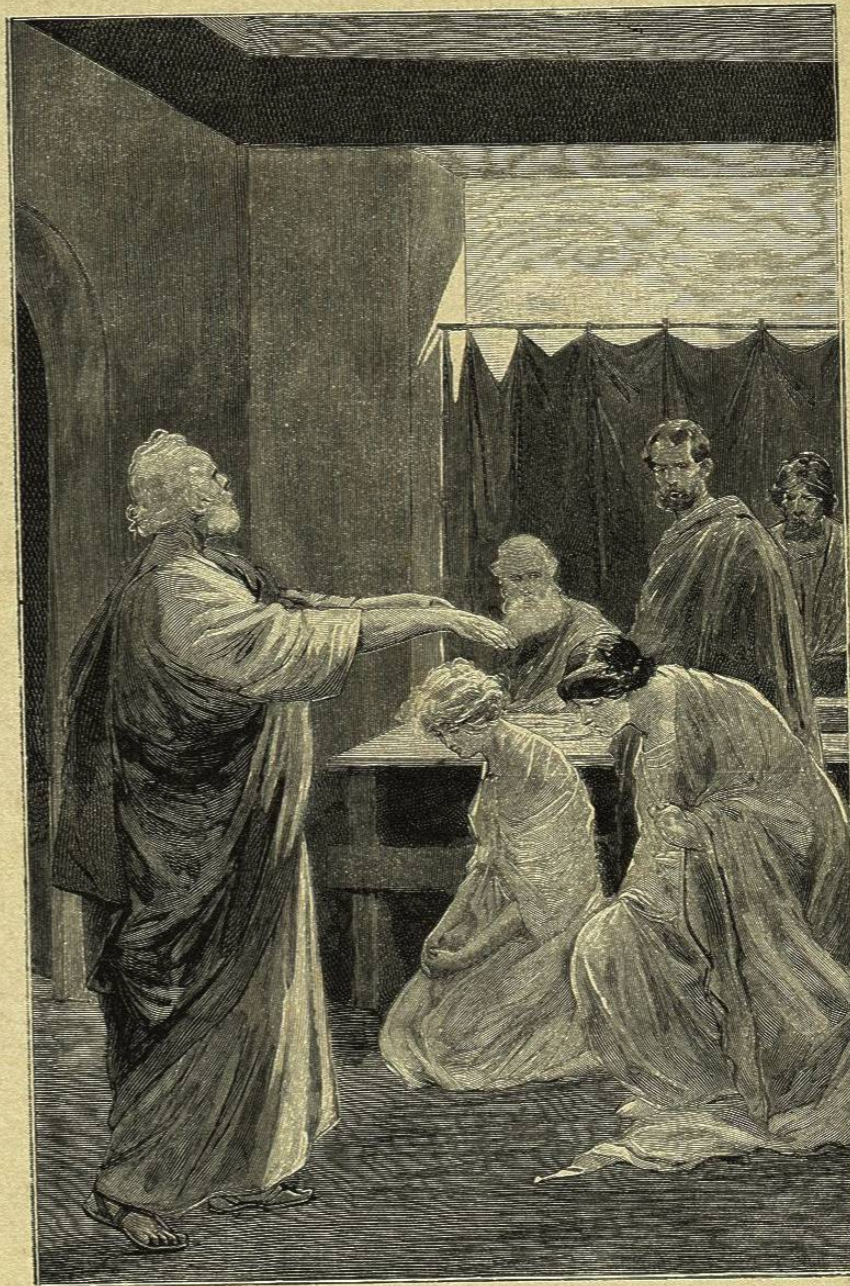
— ¡Llama y se te abrirá! ¡La gracia de Dios ha descendido sobre ti! ¡Así, pues, os bendigo á ti y á tu amor, en nombre de Cristo!

Al oír tales palabras, Vinicio corrió hacia él, y... ¡oh maravilla!, el ilustre descendiente de los Quírites, que poco tiempo antes no consideraba á los extranjeros como personas dignas de respeto, cogió con veneración la mano del viejo galileo y la llevó á sus labios en señal de gratitud. Pedro gozaba; la semilla había caído en un campo fecundo; en la red del pescador se hallaba presa otra alma más. No menos que él se regocijaron todos los circunstantes ante aquella respetuosa demostración hecha al discípulo de Dios, y exclamaron á coro:

— ¡Alabado sea el Altísimo!

Con el rostro radiante de alegría, Vinicio se levantó y dijo:

— Comprendo que junto á vosotros reside la felicidad, porque yo me siento feliz, y creo que, siguiendo de este modo, podréis arrancarme todas las dudas. Pero me es necesario añadir: no aquí en Roma. César se marcha á Anzio y se me ha ordenado acompañarle; sabéis que la desobediencia es sinónimo de muerte; si he hallado gracia á vuestros ojos, venid conmigo y predicad allí vuestra fe; estaréis más seguros que yo y podréis difundir vuestra ciencia aun entre la corte de César. Se dice que Acté es cristiana; entre los pretorianos existen partidarios de vuestra religión, y yo mismo vi en la Puerta Nomentana cómo los soldados se postraban



¡Amaos en Dios y en su gloria, pues vuestro amor no es culpable!

á tu paso, ¡Pedro! Nos reuniremos en mi quinta de Anzio para oír vuestras enseñanzas. Glauco me dijo que estáis siempre dispuestos á trasladaros á los confines del mundo cuando se trata de salvar un alma; ¡haced por mí lo que por amor de otros hicisteis viniendo aquí desde la Judea: hacedlo, tened piedad de mi alma!

En el acto empezaron á consultarse unos á otros, llenos de gozo por el triunfo de la verdad y por el efecto que produciría en el mundo pagano la conversión de un augustiano, hijo de una de las más antiguas familias de Roma. Estaban dispuestos á emigrar á los confines del mundo por amor de un alma; desde la muerte de su Divino Maestro no habían hecho otra cosa. La respuesta, por lo tanto, había de ser afirmativa. Pero Pedro, que debía permanecer en Roma como cabeza de la comunidad entera, no podía hacerlo; Pablo, en cambio, recién llegado de Aricia y de la Frigia y en vísperas de emprender un largo viaje á Oriente para visitar aquellas reuniones y animarlas de nuevo á perdurar en la fe, se manifestó dispuesto á seguir al joven tribuno. Después era fácil encontrar en el puerto de Anzio una nave que hiciese rumbo hacia las aguas helénicas. Vinicio aceptó con júbilo el ofrecimiento de Pablo, lamentando que no pudiese acompañarles también Pedro, por el cual sentía tanta gratitud, y á él se dirigió con este último ruego:

— Conociendo la vivienda de Licia, podría presentarme á ella pidiéndole promesa de casarse conmigo, en caso de que me convierta al cristianismo. Pero prefiero dirigirme á ti, apóstol. Haz que yo la vea ó condúceme á ella. No sé cuánto tiempo podré permanecer en Anzio. No olvidéis que cerca de Nerón nadie puede estar seguro del mañana. El mismo Petronio me lo ha advertido más de una vez. Deja que la vea antes de partir. Deja que yo mismo le pregunte si quiere pagarme con tanto bien todo el mal que le hice.

El apóstol sonrió benévolamente y dijo:

— ¿Quién puede negarte satisfacción tan honesta?

Vinicio besó otra vez la mano del anciano. De gozo le saltaba el corazón en el pecho. Pedro le dijo, acariciándole la cabeza:

— No temas á César; te digo que él no podrá tocarte un cabello.

Y mandó á Miriam en busca de Licia, ordenándole que no dijera á la joven lo que la esperaba, para aumentar de este modo su inesperada felicidad.

Como la distancia era corta, los que quedaron en la casa vieron comparecer muy pronto á Miriam y Licia entre los mirtos del jardín. Vinicio quería correr á su encuentro, pero el exceso de alegría le paralizaba los pies. Con el corazón palpitante, sosteniéndose apenas, se sentía más conmovido que el día en que por vez primera silbaron cerca de sus oídos las flechas de los partos.

No sospechando nada, Licia entró con su acostumbrada calma y serenidad; pero de improviso pareció quedar como petrificada. Vivo rubor cubrió su rostro para ceder en seguida el puesto á una inmensa palidez. Atónita y atemorizada, miraba uno á uno á todos los presentes, pero no descubriría más que semblantes benévolos y risueños. Pedro se le acercó, preguntándole:

— ¿Licia, le amas aún como antes?

Siguió un profundo silencio. Sus labios temblaban como los de un niño que rompe á llorar y que no se decide á confesar la culpa cometida.

— ¡Responde!, dijo el apóstol.

Arrodillándose entonces ante Pedro, Licia murmuró en tono de sumisión:

— ¡Sí!

Un instante después Vinicio estaba también arrodillado junto á ella. Pedro puso sus manos sobre las cabezas de los enamorados y dijo:

— ¡Amaos en Dios y en su gloria, pues vuestro amor no es culpable!

XXXIV

Paseando por el jardín acompañado de Licia, Vinicio le describía con emoción lo que pocos momentos antes había manifestado al apóstol: la inquietud de su espíritu, la mudanza operada en él, aquel deseo inefable de que se sintió poseído apenas abandonó la casa de Miriam. Le confesó además que había intentado todos los medios para olvidarla, cosa que no le fué posible. Día y noche era ella su único pensamiento. Se la recordaba constantemente la crucecita que ella misma había entretelado, aquella cruz que había puesto entre sus reliquias, adorándola como cosa divina. Su pena aumentaba de continuo, viendo que el amor que empezó á sentir en casa de Aulo había llegado á ser más fuerte que él.

Las Parcas, que devanaban para el resto de los humanos el hilo de la existencia, devanaban para él el hilo del amor, de la pena y del dolor. Si sus actos habían sido censurables, tenían como disculpa y justificación el amor. La había amado en casa de Aulo, en el Palatino, en el Ostriano, cuando ella tenía fija su atención en las palabras del apóstol, cuando él fué con Crotón para raptarla y cuando ella, después de haber velado á su cabecera, le abandonó. Después de esto, Quilón se le había presentado otra vez, le había hecho conocer su vivienda, aconsejándole que se apoderase nuevamente de ella; pero él había hecho castigar á aquel bribón, dirigiéndose con preferencia á los apóstoles para aconsejarse de ellos. Bendecía el momento en que se le había ocurrido semejante idea, porque ya estaba cerca de ella y no podía tener valor para escapársele, como había hecho en casa de Miriam.

— Yo no huí de ti, dijo Licia.

— Y entonces ¿por qué te alejaste?

Ella fijó sus ojos brillantes en los de Vinicio, y bajando luego el rostro ruborizado, exclamó:

— ¡Ya lo sabes!..

Vinicio calló algunos instantes, en la plenitud de la dicha que le invadía. Luego continuó hablando; se le iban abriendo los ojos de la mente y convenciase cada vez más de que Licia era completamente distinta de las mujeres romanas, asemejándose únicamente á Pomponia. Le era imposible expresar con claridad lo que sentía, sólo sabía que con ella había aparecido en el mundo una belleza nueva que hasta entonces no había existido: Licia tampoco podía ocultar su alegría al persuadirse de que él la amaba aún más por lo mismo que ella había huído, y con la intensidad con que la adoraría en su casa. Vinicio le cogió la mano y la contempló extático, considerándola como la delicia de su vida, que por fin había conquistado, y repetía de continuo su nombre suave, como para asegurarse de su hallazgo y de su proximidad.

— ¡Oh, Licia, Licia!

Por último, le preguntó cuáles eran sus sentimientos con respecto á él y cuáles

habían sido; y ella le confesó que le amaba ya en casa de Aulo y que si la hubiese sacado del Palatino para restituirla á sus padres adoptivos, ella les hubiera hablado de su amor é intentado mitigar su cólera.

— ¡Te juro, dijo Vinicio, que no pasó por mi mente la idea de arrebatarle de casa de Aulo! Petronio podría referirte lo que le dije de mi amor y de mi deseo de hacerte mi esposa. «¡Haz que ella unte de grasa mis puertas y se siente junto á mi hogar!» ¡He aquí lo que le dije! Pero él se burló de mí é indujo á César á reclamarle como rehén y cederte luego á mí. ¡Cuántas veces le he maldecido en mi dolor! Ahora, en cambio, bendigo el destino que por tan extraños modos me ha hecho conocer á los cristianos y apreciar mejor á mi Licia.

— Créelo, Marco, respondió ésta, el mismo Cristo fué quien te guió hacia Él.

— ¡Es verdad!, exclamó él con viveza. Todo ocurrió de modo tan maravilloso, que yo, buscándote á ti, encontré á los cristianos. En el Ostiano escuché con la mayor admiración las palabras del apóstol, que nunca habían resonado en mis oídos. ¿Rogabas por mí en aquellos momentos?

— Sí.

Pasaron por frente de la casa revestida de hiedra y se acercaron al sitio donde Ursus, después de haber matado á Crotón, se había precipitado sobre Vinicio.

— Aquí, dijo el joven, corrí peligro de muerte; pero tú me salvaste.

— No hables de ello, ni vuelvas á recordárselo á Ursus.

— ¿Podría yo conservarle rencor desde el momento en que trataba de defenderle? Si fuese un esclavo, le hubiera dado la libertad inmediatamente.

— También lo hubiese hecho Aulo mucho tiempo antes.

— ¿Recuerdas que quise conducirte á casa de Aulo, preguntó Vinicio, y tú me respondiste que con esto atraería sobre Aulo y Pomponia las iras de César? Ahora podrás estar con ellos todo el tiempo que quieras.

— ¿De qué modo?

— Digo ahora, y creo que podrás verlos sin peligro alguno si eres mía. Si César llega á saberlo y me pregunta por el rehén que me concedió, responderé: la he hecho mi esposa y frecuenta la casa de Aulo con mi consentimiento. Él no permanecerá mucho tiempo en Anzio, porque ha de visitar la Acaya, y aun cuando permaneciese allí, no es necesario que yo esté con él todo el tiempo de su estancia en aquel puerto. Cuando Pablo de Tarso me haya iniciado en los misterios de nuestra fe, me haré bautizar en seguida, vendré aquí, trataré de ganarme la voluntad de Aulo y de Pomponia, que por aquella época habrán regresado, y entonces se habrán vencido todos los obstáculos; tú serás mía por toda la vida. ¡Oh, queridísima mía!

Y extendió las manos como queriendo invocar al cielo por testimonio de su amor.

Licia fijó en él sus ojos purísimos y dijo:

— Y entonces te diré: «Donde estás tú, Cayo, estoy yo, Caya.»

— No, Licia, respondió Vinicio; te juro que ninguna mujer en el mundo será tan adorada por su marido como lo serás tú en mi casa.

Caminaron silenciosos, gozando de su felicidad, hermosa como un sueño de primavera, como una canción divina. Así que llegaron junto al ciprés que se erguía en el fondo del jardín, se detuvieron, y Vinicio, con voz entrecortada por la emoción, suplicó á Licia:

— Encarga á Ursus que vaya á casa de Aulo para llevarse todo cuanto te pertenece, además de los juegos de tu infancia.

Ella se ruborizó y replicó:

— La costumbre exige lo contrario.

— Lo sé, lo sé. Habitualmente es la *pronuba* (1) quien lleva tales objetos á la esposa, después que ésta ha entrado en su nueva casa; pero hazlo por mi amor. Me lo llevo todo conmigo á mi quinta de Anzio, para tener esos recuerdos tuyos.

Juntó las manos y dijo como un niño que ruega:

— Pasarán aún muchos días antes de que Pomponia regrese. ¡Dame gusto, divina; conténtame, hermosa!

— Pomponia hará lo que le parezca justo, respondió Licia, que al oír nombrar la *pronuba* había enrojecido más intensamente.

Siguió otro largo silencio, porque parecía que aquel infinito amor les privaba hasta de la respiración.

Licia apoyaba las espaldas en el ciprés, cuya sombra daba á su rostro delicado un tono más blanco del que se observaba comúnmente en él. Vinicio estaba conmovido; en la quietud solemne de la tarde podían haberse oído los latidos de sus corazones; el ciprés, los mirtos, la casita verde, formaban en torno de ellos un pequeño edén de delicias, digno marco de su amor.

Miriam apareció en la puerta para llamarles á la mesa. Se sentaron los dos junto con los apóstoles, que se sentían dichosos contemplando la alegría de los jóvenes, á quienes miraban con suma complacencia, considerándoles como los representantes de la nueva generación que, después de su muerte, custodiaría celosamente y haría prosperar la semilla de la Palabra Divina, recogiendo á su vez los anhelados frutos.

Pedro bendijo y repartió el pan. En todos los rostros se dibujaba la paz, y en toda la casa parecía que se respiraba un ambiente de inefable felicidad.

— Mira, dijo Pablo vuelto á Vinicio, si se nos puede llamar enemigos de la vida y del placer.

— ¡Ahora comprendo que esta suposición es una calumnia, porque nunca me he considerado tan feliz como ahora entre vosotros!

(1) Entre los romanos, la mujer que se encargaba de conducir á la novia al tálamo nupcial.